

bre del pueblo de Monterrey, al insigne Dr. Knapp por el éxito feliz de la operación que me restituyó la vista; y que promovió y ha llevado á cabo, solamente por honrarme, esta función tan lucida como agradable? El que tales muestras de consideración y aprecio ha recibido, ¿como podrá olvidarlas nunca, ni dejar de agradecerlas con todo el alma? Y en vista de todo lo expuesto, ¿qué podré yo hacer para retribuir á mis amigos los nuevoleonenses tantos favores como de ellos he recibido: para retribuirles, digo, no debidamente, sino de alguna manera y en una pequeña parte? Ciertamente que ya muy poco ó nada podré yo hacer para pagar tan inmensa deuda; pero una gratitud eterna para mis amigos abriga mi corazón; y esto es lo único que puedo ofrecerles, porque la vejez y los achaques que le son inseparables me han de permitir que haga tan poco, que será lo mismo que nada.

Bien ó mal he salido de la primera parte de mi tarea; pero al emprender la segunda, me hallo con que absolutamente me faltan las palabras, porque tratándose de sensaciones es preciso haberlas experimentado para saber como son. Así es que para dar una idea de lo que he sentido, no me queda más recurso, que hacer una simple relación de lo que me ha pasado; para que cada uno se lo imagine.

Siempre que mis conciudadanos, mis amigos ó mis discípulos me daban alguna muestra de aprecio, sobre todo si era pública, sentía yo una emoción de espíritu difícil de explicar, pero que me producían un alborozo muy

grande. A fuerza de repetirse estas emociones, en mí llegaron á ordinariarse y ya no me alborozaban, sino que infundían en mi alma la persuasión de que las gentes que me conocían, me apreciaban mucho más de lo que yo podía merecer, por lo que me consideraba cada día más obligado á corresponder tanto favor. Así vivía tranquilo y satisfecho, dando gracias á la Providencia porque me había puesto en medio de un pueblo tan benévolo, porque me había dado muchos y buenos amigos; y porque me había dado también, cosa muy rara, muchos, buenos y agradecidos discípulos. Yo sabía, pues, como ya lo he dicho, que los moradores de Nuevo-León me estimaban; pero ni suponía, ni me imaginaba que fuera tanto como los últimos sucesos me lo han venido á demostrar.

Afectado, por los progresos de la edad, de cataratas, este accidente me tuvo enteramente ciego más de un año, cosa que sí me mortificaba porque me impedía ocuparme de la práctica de la medicina y de la enseñanza, que habían sido mis ocupaciones ordinarias, más me afligía porque mis amigos todos se afligían conmigo, y consideraban mi ceguera como una calamidad pública. Aun en este estado tan triste, el cariño de mis conciudadanos me proporcionaba algunos momentos de satisfacción: mis discípulos me acompañaban con frecuencia, me leían cuanto quería, me llevaban á visitar sus enfermos y á donde quiera que ellos creían que me sería grato ir. Si salía sólo, el primero que me encontraba me daba el brazo

para acompañarme; y esto lo hacían no sólo mis discípulos, sino cualquier ciudadano, ¡cuántas veces, pasando por la puerta de un artesano, éste dejaba la obra que estaba haciendo, corría á darme su auxilio y me acompañaba hasta donde yo quería! ¡Cuántas veces yendo sólo por una calle venía corriendo un niño á ofrecerme su tierna mano para guiarme hasta mi casa! Estas cosas que para otros serían insignificantes, para mí eran muy satisfactorias.

La bien merecida fama del Doctor Knapp me hizo emprender un viaje á Nueva York en busca de la luz que faltaba á mis ojos. En esta larga peregrinación me acompañaron mi discípulo el Dr. Juan de Dios Treviño y el jovencito Juan Rivero, los cuales me asistieron con un afecto y un esmero verdaderamente filiales. En los Estados-Unidos pasaban por mis hijos, lo cual era para mí una nueva satisfacción.

Llegado á Nueva York y puesto en presencia del célebre Oculista, éste puso su mano sobre mí, abrió mi ojo, y en un momento indivisible, me encontré con que había salvado el insondable abismo que separa las tinieblas de la luz. Mi dicha era completa, y en aquel instante pensé que el gozo que inundaba mi alma, la emoción que tenía, y el sentimiento de gratitud que abrigaba mi corazón, habían llegado al último punto de que son capaces en este mundo. ¡Ah! yo ignoraba que á la derecha del Bravo me esperaban sensaciones y afectos mucho mayores y más difíciles de expresar.

Venía yo de Nueva York contento y tranquilo en unión de mis fieles compañeros, bendiciendo á Dios y á la ciencia y habilidad del Dr. Knapp que en mi vejez me habían devuelto con el uso de la vista, la alegría de la juventud, cuando hé aquí que al atravesar las aguas del Bravo oí repentinamente las sonoras y agradables notas del Himno nacional mexicano, y levantando la cara ví la ribera derecha del rio poblada de algunos centenares de personas cuyos rostros eran para mí bien conocidos. Todos, incluso los músicos, eran amigos míos, que abandonando sus hogares se habían lanzado á ochenta leguas de distancia para ir á encontrarme en aquel punto. Yo no sé lo que sentí en aquel momento, mi primer impulso fué postrarme en tierra y besar el suelo santo de la Patria, pero estaba apoyado en los brazos de mis compañeros de viaje y no pude hacerlo. Entonces marché como empujado por un impulso superior, y me encontré rodeado de mis amigos, que con las más vivas demostraciones de alegría me felicitaban y se congratulaban conmigo. Un apreciable amigo mío, con voz conmovida y trémula, me dirigió, á nombre del Colegio de Abogados, una sentida y elegantísima alocución, que yo por el desorden que reinaba en mi alma, apenas pude comprender. De allí, en medio de aquella multitud frenética de alegría fuí llevado á la inmediata Villa de Nuevo Laredo, en donde fuí objeto de todo género de atenciones. Allí me felicitó una comisión de los Obreros de aquella Villa, allí los Sres. Palacio me ofrecie-

ron su casa por alojamiento, sirviéndonos un espléndido almuerzo, allí pasaron á felicitar-me hasta once comisiones mandadas, una por el R. Ayuntamiento de Monterrey, otras por las escuelas superiores del Estado, y otras por diferentes corporaciones; y allí los señores empleados del ferrocarril nacional mexicano, me cumplimentaron también y pusieron á mi disposición un tren expreso para que trajera á mis amigos. Al siguiente día en las poblaciones de Lampazos, Bustamante, Villaldama, Salinas y San Nicolás de los Garzas, se repitieron las mismas escenas que en Laredo, con la muy tierna y grata diferencia de que los principales felicitantes eran los niños y niñas de las escuelas, que llenos de entusiasmo me saludaban tremolando sus banderas, dando gritos de alegría y aplaudiendo con sus manecillas.

Llegamos, por fin, á Monterrey. La multitud que ocupaba la Estación era inmensa; no me acuerdo haber visto otra reunión tan numerosa. Los señores de la Compañía del ferrocarril urbano pusieron á mi disposición sus wagones para que viniera yo y trajera á los que me acompañaban. La muchedumbre que llenaba las calles desde la Estación hasta la Catedral era numerosísima, los niños de las escuelas públicas y privadas, á manera de soldados, formaban una valla vistosísima que era sin duda el mejor adorno de esta fiesta. Entré en la Catedral, que estaba enteramente llena de gente, y se me recibió con un solemnísimó "Te Deum," que es la oración clásica con que los católicos dan gracias á Dios por los bene-

ficios que reciben. En esa memorable noche y en todo el día siguiente recibí las felicitaciones de las autoridades, de mis amigos, de las corporaciones, de los presos de la cárcel, y de las comisiones de niños de todas las escuelas que vinieron á poner en mis manos los estandartes que les habían servido el día anterior para sus formaciones, cuyas prendas conservaré como un recuerdo gratísimo de esta función, que ha sido para mí la más solemne y agradable de mi vida.

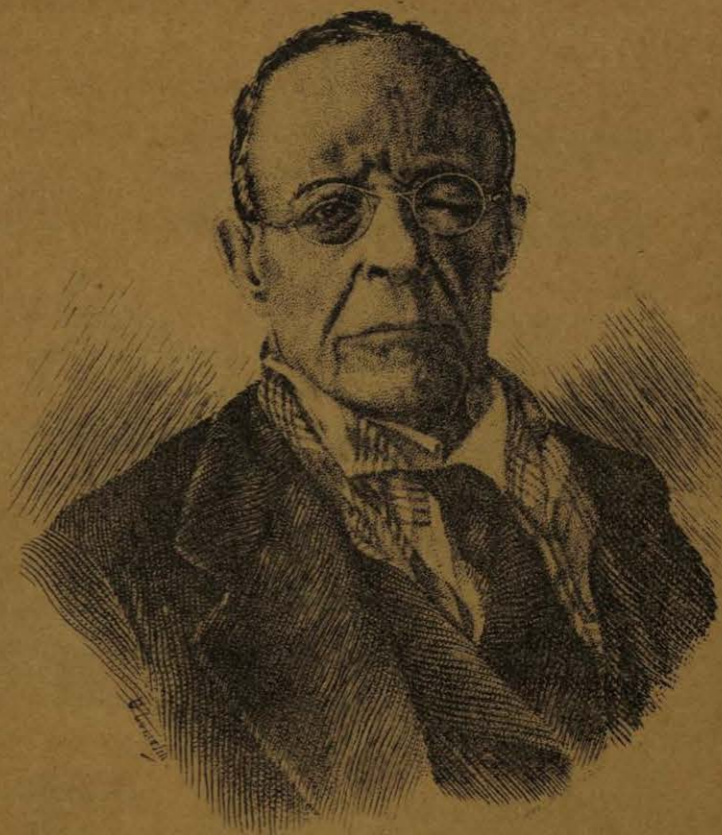
Y en estos tres días, que forman la época más señalada y memorable de mi larga existencia. ¿Qué sentí? ¿Qué pensé? Yo creo que cualquiera puedo imaginarlo; pero que yo no puedo decirlo. Un verdadero tumulto de ideas y de sensaciones, que no me dejaba ordenar mis pensamientos ni darme cuenta de lo que me pasaba, una emoción continua, un alborozo incesante, eso era todo: si estaba despierto era un tronco que nada discurría, y si llegaba á dormir era para ver turbas inmensas de gente y encontrarme rodeado de millares de niños, los unos agitando en el aire sus estandarte tricolores, y los otros palmoteando con entusiasmo.

Pasadas las primeras impresiones y restablecida en mi espíritu la calma, procuré decir lo que había pasado, y no pude: en mi memoria busqué alguna cosa con que comparar lo que había sentido, y nada pude hallar. Entonces me acordé que el Rey Profeta, cuando quiso pintar los sentimientos de su corazón, solamente dijo, que lo habían cercado dolores

de muerte, que sus huesos habían sido conturbados, que su alma había sido derramada como el agua, y otras expresiones de este género: las sensaciones son, por su misma naturaleza, indescriptibles.

Fuí después á la Villa de Santiago, llevado por uno de mis mejores amigos, y allí fuí saludado con las mismas muestras de júbilo y las mismas consideraciones que en los pueblos del Norte. De las demas Villas del Estado he recibido cordiales felicitaciones, las he recibido también de algunos discípulos y de amigos residentes en lugares lejanos, ya dentro de nuestra República y ya fuera de ella; y aun aquí mismo, en esta hora se celebra en mi obsequio esta lucidísima fiesta. Y todo esto ¿qué significa? ¿á qué se dirige? ¿para qué se hace? Para felicitar, porque recobró la vista, á un pobre viejo, que ha servido poco, y en lo sucesivo servirá menos. ¡Ah! Mis amigos, que son todos los moradores de Nuevo-León, en sus manifestaciones de afecto, á fuer de agradecidos, van mucho más allá de lo que podía y debía esperarse de ellos. Como quiera que sea, yo en esta vez he llegado á conocer la grande estimación en que me tienen, y no puedo menos que exclamar: ¡Oh dichosa ceguera que me has hecho ver semejantes demostraciones de aprecio!

Finalmente, echando una mirada sobre cuanto me ha pasado, desde que comencé á cegar hasta este momento, puedo decir: que siempre he recibido muestras de simpatía y estimación: que hice largos viajes acompañado



y servido no por gentes mercenarias, sino por amigos muy fieles que me prodigaron cuidados muy exquisitos: que desde México hasta Nueva York en mis comprofesores sólo hallé verdaderos hermanos, que con el mayor desinterés y benevolencia, pusieron á mi servicio su ciencia y su destreza: que en todas partes gozé de todas las comodidades de la vida, gracias á las recomendaciones y órdenes de mis amigos: y que al volver con el uso de mi vista se me han prodigado todo género de manifestaciones de cariño, y se me ha proporcionado toda especie de satisfacciones. De todo esto naturalmente se deduce: que la felicidad y bienestar del hombre, no estriban ni en las riquezas ni en los honores, sino en tener muchos y buenos amigos; y que, por el contrario, el egoísta, que encerrado en sí mismo, sin relaciones amistosas con nadie, carga con el desprecio de cuantos le conocen, indefectiblemente debe pasar una existencia inútil é infelicísima. Por eso dijo, con tanta razón como verdad, el grande orador romano: "Nula es la vida si le falta la amistad."